

volver á gestionar con sus colegas del Congreso legislativo y aceptar la inteligencia de los jefes del centro derecho y del centro izquierdo. Y esto hizo gustoso, con el pleno asentimiento del emperador, que en toda esta crisis se mostró tan correcto y conciliador como no lo estuvo jamás ningún monarca constitucional. El 2 de enero de 1870 firmáronse los decretos. Al día siguiente el *Diario oficial* publicó los nombres de los nuevos ministros. Ollivier se encargaba del departamento de la Justicia. Los dos jefes del centro izquierdo, Darú y Buffet, entraban respectivamente en los Negocios extranjeros y en Hacienda. Los ministerios del Interior, de Instrucción, de Obras públicas, de Comercio y de Bellas Artes eran confiados respectivamente á los señores Chevandier de Valdrôme, Segris, Talhouët, Louvet y Mauricio Richard. El Sr. de Parieu era llamado á la presidencia del Consejo de Estado. Las carteras de

Guerra y Marina continuaban en manos de sus antiguos titulares, el general Lebœuf, sucesor del mariscal Niel, y el almirante Rigault de Genouilly.

Aunque algo absorbido por las fiestas, cuidados y ocupaciones de principios de año, el público había seguido con una atención llena de curiosidad las peripecias de la crisis ministerial. Los nuevos ministros pasaban por hombres honrados, de integridad perfecta, de inteligencia clara, y no cabía duda que serían leales servidores lo mismo para el príncipe que para el país. Además representarían en el gobierno del emperador un elemento nuevo, y todo lo nuevo despierta la idea de la esperanza. Por esto el acto imperial fué muy bien recibido. Y así empezó, bajo los tranquilos auspicios de la paz y de la libertad, aquel año de 1870 que había de ser el último del imperio y el más trágico de la historia de Francia.

## LIBRO TRIGÉSIMOSEXTO

### EL MINISTERIO DEL 2 DE ENERO

SUMARIO: I.—Acogida favorable que se dispensa al nuevo ministerio: el Sr. Ollivier y sus colegas.—Declaraciones del Sr. Daru en el Senado (7 de enero de 1870); el ministerio de las *personas honradas*.—Primeros actos del nuevo gabinete.—Irritación y despecho de los *irreconciliables*.—Pretexto imprevisto de agitación que de pronto se les ofrece.

II.—El príncipe Pedro Bonaparte: su origen y su pasado.—En qué contienda toma parte: doble duelo en perspectiva.—Ulrico de Fonvielle y Víctor Noir en casa del príncipe.—Muerte trágica de Víctor Noir.—Primeras medidas adoptadas por el gobierno.—Rocheport: artículo que publica en *La Marseillaise*.—Sesión parlamentaria de 11 de enero: declaración de Emilio Ollivier: demanda de autorización para procesar á Rocheport.—La noche del 11 de enero: las reuniones públicas: conciliábulos.—El entierro (12 de enero): concurrencia inmensa; disintimiento que surge entre los jefes de la demagogia: cómo termina el día sin que se turbe la paz pública.

III.—Cómo se atenúa la impresión muy profunda causada por el suceso de Auteuil.—El ministerio del 2 de enero: su carácter; fusión de los partidos; confianza y esperanza casi universales.—Medidas liberales adoptadas por los nuevos ministros.—Creación de grandes comisiones.—El partido revolucionario: sus manejos: se vota el procesamiento de Rocheport: aniversario del 21 de enero: huelga del Creusot, y cómo se apacigua para reproducirse muy pronto: detención de Rocheport (7 de febrero); tentativas de motín: el obrero mecánico Megy.—Cómo Emilio Ollivier no se detiene en la senda liberal.—Proyectos de reformas.—Testimonios de adhesión que recibe el gobierno, aun de aquellos que hasta entonces fueron sus adversarios.

#### I

Para la generación presente, el año 1870 es un año de duelo y nadie imagina que pudieran brillar durante el mismo algunos rayos de luz en medio de tantas tinieblas; y sin embargo esta impresión, excesivamente generalizada, no responde á la realidad de los hechos. En aquellos tiempos trágicos nada faltó, ni siquiera aquellas alegrías engañosas que habían de hacer más cruel la transición repentina de la confianza á la angustia: lo que había de terminar en medio de sangre y lágrimas, comenzó con una radiante esperanza, y el Imperio, algo envejecido, nunca pareció tan próximo á rejuvenecerse como en el momento en que todo se preparaba, en los designios de Dios, para la suprema catástrofe.

Ya hemos relatado la formación del ministerio del 2 de enero; pero lo que no se hará notar nunca bastante es el asentimiento casi unánime con que fué acogido el acto gubernamental y que pareció una nueva consagración para la monarquía.

El país, sintiendo renacer la confianza, se volvía nuevamente hacia el emperador, alabando su noble desprendimiento, admirando el magnánimo atrevimiento con que había buscado á antiguos adversarios y los había admitido en sus consejos, y conmoviéndose ante la generosa iniciativa que aspiraba á fundir todos los partidos en un gran partido nacional. Y este juicio fué no sólo el de Francia, sino el de Europa. Hasta entonces Napoleón había garantizado el orden; si del mismo modo aseguraba la libertad, ¿qué buen ciudadano le negaría su concurso? Lo que era desinteresado parecía también prudencia; ya que el emperador, al restringir sus propias atribuciones, aligeraba la carga que un día llevaría su hijo, y al borrar las huellas de las antiguas discor-

dias, consolidaba el trono, facilitaba la transmisión hereditaria y despojaba al poder imperial de su aspecto de fundación poderosa, pero vitalicio.

Muchos de los ministros eran poco conocidos del público y lo que de ellos se supo en los días siguientes fortaleció el sentimiento general de benevolencia y aprobación. El país en su inmensa mayoría quería ante todo la paz, y el Sr. conde Daru, á quien se había confiado la cartera de Negocios extranjeros, se distinguía por la autoridad de su carácter, por la madurez de su juicio y por su prudencia. Por su origen procedía de la época imperial; por sus relaciones estaba unido á los partidos monárquicos; pero nadie habría puesto en duda su entera independencia. De carácter reservado, de lealtad irreprochable, sabría desorientar las preguntas indiscretas, desconcertaría la doblez y no ofrecería la menor presa á quien quisiera envolverle. Su talento positivo, más sensato que vasto, le apartaría de toda iniciativa imprudente, y podía tenerse la seguridad de que no expondría en ninguna aventura la suerte algo vacilante de Francia.

Después de la paz, el principal deseo de la nación era la buena administración de la Hacienda pública: el Sr. Buffet, encargado del ministerio de Hacienda, no sólo era íntegro, sino que personificaba la integridad, y en la Cámara, en donde había tomado parte activa en las discusiones de los presupuestos, se le había visto defender con obstinada pasión y á menudo con elocuencia la causa de la economía. Las mismas máximas que había proclamado como diputado había de observarlas como ministro, mostrándose ahorrador hasta el escrupulo de los recursos nacionales; y esta severa rectitud, que no debía tolerar ni la sombra de un abuso, sería la imagen fiel de la austeridad de su vida.

Dos ministros del antiguo gabinete formaban parte del nuevo, el general Leboeuf y el almirante Rigault de Genouilly, que estaban al frente de los departamentos de Guerra y Marina respectivamente. El público, lejos de extrañar que continuaran en el poder, felicitóse de ello: el general Leboeuf, sobre todo, inspiraba confianza por su brillante carrera militar y se captaba las simpatías con su benévola franqueza; y esta opinión favorable tenía entonces pocos contradictores.

Los demás individuos del ministerio eran recomendables por diversos títulos. El Sr. Chevandier de Valdrome, ministro del Interior, era hombre activo y de carácter resuelto; el Sr. de Segris, ministro de Instrucción pública, había demostrado más de una vez poseer un notable talento oratorio, aunque perjudicado por una timidez excesiva que con frecuencia le hacía desperdiciar ó utilizar sólo á medias las ocasiones; el Sr. Louvet, ministro de Comercio, distinguíase por su gran laboriosidad, por su juicio frío y seguro y por su experiencia consumada de los negocios; y el Sr. marqués de Talhouet, ministro de Obras públicas, aportaba al gabinete el prestigio de su cuna, de sus relaciones sociales y de su fortuna, y además el atractivo y la dignidad de sus modales le habían conquistado en la Cámara unánimes simpatías.

De entre todos esos personajes destacábase Emilio Ollivier: no era presidente del consejo, ya que los diputados del centro izquierdo habían trabajado con empeño para prevenir ó borrar todo lo que pareciera signo de superioridad. Estas precauciones no significaban envidia ó antipatía, sino simplemente un poco de desconfianza, pues se temían sus inexperiencias, sus entusiasmos, su versatilidad y sus arrebatos soberbios más propios de un artista que de un hombre de Estado. De aquí la idea de contenerlo, de sujetarlo fuertemente entre sus iguales, de mantener una especie de equilibrio entre temperamentos y grupos diversos que se contrabalancearían mutuamente. Mas, á pesar de estas precauciones, la opinión pública señalaba al ex diputado de la izquierda un puesto preponderante: á él había confiado el emperador el encargo de formar la nueva administración; él era quien como ministro de Gracia y Justicia había refrendado los decretos de nombramiento; y de todos los consejeros era el único cuyo nombre había penetrado en las masas, habiéndose acostumbrado los unos á alabar su patriotismo y los otros á censurar su defección. Lo que más había de colocarle en categoría aparte era su elocuencia admirable, siempre apercibida para el ataque ó para la réplica y que no se desconcertaba ante ningún incidente, por imprevisto que fuese. Por esto, aunque sin título oficial, era á los ojos de la nación el verdadero jefe del gabinete y desde el primer día el ministerio del 2 de enero había sido denominado el ministerio Ollivier.

Varias circunstancias contribuyeron á aumentar la popularidad de Ollivier y de sus amigos. Durante todo el año 1869, los hombres de negocios se habían visto en extremo perjudicados por las incertidumbres de la política y por los simulacros de motines; así es que acogieron gozosos un gobierno rejuvenecido que, satisfaciendo todas las aspiraciones legítimas, reduciría á los agitadores á la condición de facciosos. La clase media liberal, exasperada por las amenazas socialistas, aceptó

con entusiasmo un régimen que sería el orden sin ser la reacción; y los católicos, después de haberse informado de las opiniones de los nuevos ministros, se convencieron de que éstos, en su mayoría, eran no sólo favorables, sino también lealmente afectos á los intereses religiosos. Los monárquicos constitucionales veían triunfar si no á sus príncipes, por lo menos sus doctrinas, y no estaba muy lejano el día en que Thiers, con un acento de fatuidad que hubiera ganado mucho si se hubiese disimulado mejor, había de exclamar, señalando á los ministros: «Nuestras opiniones están sentadas en esos bancos.» Hasta en las lindes del partido republicano se observaron síntomas de vacilación; Ernesto Picard, por ejemplo, después de enumerar en el *Electeur libre* las reformas que importaba realizar, añadía: «Si el ministerio lleva á cabo esta obra, será preciso secundarle en su tarea.»

Entre los hombres de orden, los únicos que permanecían algo sombríos eran los diputados de la derecha, quienes juzgaban excesivamente atrevida la iniciativa del soberano, sentíanse despechados por el advenimiento del centro izquierdo y deploraban sobre todo la invasión orleanista; pero formulaban sus críticas en voz baja, contenidos por el respeto de las voluntades imperiales. Dominaba también el temor de que el emperador disolviera el Cuerpo legislativo en caso de que en éste se manifestara un disgusto demasiado poco disimulado; y si esto sucedía, ¿cuál sería la suerte de los antiguos candidatos oficiales? Ante esta idea, los diputados más reaccionarios mostrábanse muy circunspectos y sentían desvanecerse todo deseo de resistencia que hiriendo al ministerio les heriría más seguramente á ellos mismos.

Las declaraciones del gabinete eran esperadas con curiosidad. El primero que habló fué el Sr. Darú, quien tomó la palabra en la sesión del Senado del día 7 de enero, con motivo de tener que señalar fechas para tres interpelaciones anunciadas por los Sres. Rouland, de Butenval y de Maupas, sobre el Concilio, la política comercial y la política interior respectivamente. Obligado á terciar en esta cuestión de la orden del día, levantóse el ministro de Negocios extranjeros y pronunció un discurso que sólo duró algunos minutos; pero en aquellas frases breves y acentuadas con firmeza, el auditorio sintió el soplo del espíritu nuevo. Su lenguaje fué no el de un abogado que traduce pensamientos ajenos, sino el de un agente responsable que quiere la luz, toda la luz, y que está dispuesto á dar publicidad á sus actos y á sobrellevar el peso de los mismos: «El gobierno, dijo, está enteramente á las órdenes del Senado para dar explicaciones acerca de cualquiera interpelación, sin excepción alguna. (*Movimiento.*) Su más vivo deseo es explicarse por completo en una y otra tribuna sobre todos los grandes intereses del país. (*Aprobación.*) Estamos en presencia de tres interpelaciones, y las aceptamos por el orden en que se presenten. (*¡Muy bien!*) Si queréis, discutiremos la cuestión del Concilio el martes próximo, la política comercial el jueves y la política interior el sábado. (*Nuevo movimiento.*) Estamos dispuestos á contestar porque deseamos explicarnos sobre todos los asuntos.» Estas palabras eran sencillas, intencionadamente concisas, desdeñosas de toda forma oratoria y hasta pronunciadas con un acento cortado que

las hacía poco agradables; pero esta impaciencia por no ocultar nada, por rechazar todo aplazamiento, por entrar de lleno en las prácticas parlamentarias, tenía algo de atrevido, de espontáneo, que imponía la atención é inspiraba confianza. El ministro, lejos de dejar que esta impresión se enfriara, siguió diciendo: «Por lo demás, nuestras intenciones son conocidas; hemos dicho públicamente lo que queremos y hemos firmado programas de lo que nos proponemos ejecutar; y nuestros actos corresponderán á nuestras palabras. Somos *personas honradas* y haremos todo lo que hemos dicho, cumpliremos todas las promesas que hemos hecho.» Manifestado esto, el Sr. Darú se sentó bruscamente como quien, habiendo dicho cuanto quería decir, considera superfluo decir nada más. Entonces se vió claramente que los discursos valen no por lo que son en sí mismos, sino por el momento en que se pronuncian y por las disposiciones de quienes los escuchan. Las palabras del ministro causaron honda impresión y su franqueza impresionó más que hubiera impresionado la mayor elocuencia. «Somos personas honradas,» había dicho el Sr. Darú; esta frase hizo fortuna y ya no se habló sino del *ministerio de las personas honradas*, demasiado quizás, porque con el tiempo aquella frase tomó cierto carácter de epigrama tan ofensivo como injusto para los que anteriormente habían servido al Imperio.

Los primeros actos del ministerio demostraron la voluntad de practicar resueltamente la política liberal. Entre los altos funcionarios del Imperio había uno que se distinguía por sus cualidades superiores y en quien se resumían multitud de servicios; pero que desde hacía quince años obraba arbitrariamente como si la arbitrariedad fuese su elemento propio: este funcionario era el Sr. Haussmann. Pues bien, invitóse á ese eminente personaje á que resignara su cargo, y no habiendo querido dimitir fué declarado cesante. Tal medida privaba al Imperio de uno de sus servidores más importantes, pero en cambio demostraba, con un ejemplo ruidoso, que en lo sucesivo la ley sería igual para todos y que nadie se colocaría por encima de ella impunemente.

En la recepción de la Audiencia y del Tribunal, Emilio Ollivier proclamó la independencia de la magistratura y añadió: «Siempre separaré la justicia de la política.» Durante los primeros tiempos del reinado había sido tendencia muy común la exageración del espíritu represivo; el nuevo ministro de Gracia y Justicia, en sus instrucciones á los jefes de servicio y á los empleados de sus oficinas, quiso reaccionar contra este exceso.

Entonces comenzó á hablarse de la próxima creación de grandes comisiones en las que se refundirían las instituciones nacionales en el sentido de la descentralización y de la libertad; y en estas ideas generosas inspiróse el Sr. Chevandier de Valdrome cuando notificó á los prefectos su advenimiento al ministerio del Interior. Después de haber afirmado que el gobierno no toleraría la menor tentativa de desorden y que estaba resuelto á reprimir todo acto arbitrario, todo abuso de autoridad, invitaba á sus subordinados á que fomentaran en torno suyo el espíritu de iniciativa, la afición á los asuntos locales: «Para mejor conseguir este fin, os guardaréis de subordinar la administración á la política y trataréis con igual imparcialidad á las personas hon-

radas de todos los partidos.» Estas prudentes recomendaciones terminaban con el más noble llamamiento al concurso de todos los hombres de buena voluntad.

Tanta circunspección desconcertaba en grado sumo á los irreconciliables, quienes comprendían que si el ministerio duraba, todos sus motivos de queja perderían su razón de ser. El día 10 de enero el cuerpo legislativo reanudó sus tareas, que habían estado interrumpidas con motivo de las fiestas de año nuevo; y en aquella primera sesión pudo verse cuál sería la táctica de la extrema izquierda, que había de consistir en multiplicar las cuestiones, acumular los incidentes y dar á sus palabras tonos amenazadores, siendo su única esperanza que el gobierno, perdida la paciencia, cediera á alguna torpe tentación de represalias. Manuel Aragón, con su voz potente, evocó el 2 de diciembre; el anciano Raspail, con palabras apasionadas y débiles, pidió que se depuraran las cuentas de la ciudad de París y que se practicara una información sobre las «fortunas escandalosas» de los funcionarios del imperio; pero el más agresivo fué Gambetta, el cual interrogó al ministro de la Guerra sobre el caso de dos soldados que, por haber frecuentado las reuniones públicas, habían sido enviados á Argelia, y generalizando luego su pensamiento, atacó á todo el gabinete y con estudiada dureza le anunció una hostilidad implacable. Precisamente Emilio Ollivier acababa de dirigir un llamamiento á todos sus colegas, incluso á los de la oposición, á lo que Gambetta replicó: «Si para fundar la libertad contáis con nuestro concurso, es preciso que os preparéis á no encontrarlo jamás... Habéis invocado el sufragio universal... En nuestro concepto, el sufragio universal no es compatible con la forma de gobierno que preconizáis... Entre la forma hoy dominante y el sufragio universal hay incompatibilidad absoluta... Los progresos de la evidencia formarán la mayoría que os substituirá y que deducirá las conclusiones indicadas por la lógica: vosotros no sois sino un puente entre la República de 1848 y la República del porvenir; y este puente nosotros lo pasaremos.»

Estas frases implacables resonaron con sonido extraño en la agitada asamblea que las acogió con murmullos; pero ¿quién hubiera creído que esas amenazas fuesen otra cosa que simples farfantonadas? Bajo esta impresión separáronse los diputados en el momento mismo en que la casualidad proporcionaba al partido demagógico un pretexto inesperado para enardecer los ánimos. En el momento de terminar la sesión, llegaron al Palacio Borbón, presurosos y desatinados, dos redactores de *La Marseillaise*, diario recientemente fundado por Rochefort, llamados el uno Arturo Arnould y el otro Milliere, quienes, presa de gran excitación, preguntaron por su redactor en jefe á quien habían de ver en el acto. Por vez primera acababa de aparecer en medio de las renacientes esperanzas de libertad el genio maléfico que pesó sobre todo aquel año 1870.

## II

En una casa bastante modesta de la calle de Auteuil vivía en las postrimerías del imperio el príncipe Pedro Bonaparte, tercer hijo de Luciano, en quien se agitaban en el estado virgen todas las salvajes pasiones corsas